

Hay libaneses que piensan que cerca de cuatrocientos mil refugiados palestinos son demasiados para su país. «Estos incómodos huéspedes —dicen— deberían estar repartidos con mayor equidad entre todos los países árabes».

te entre ministros solidarios con la causa palestina y otros que quisieran que el país se disociase de la misma. Kamal Jumblatt, líder del partido socialista, aspira a una función de puente entre el «establishment» libanés y los militantes palestinos; pero Pierre Gemayer, líder de los Kataeb (el partido de las falanges), afirma que 350.000 refugiados palestinos son demasiados para un país pequeño como el Líbano, y que estos incómodos huéspedes deberían ser repartidos con mayor equidad entre los países árabes.

Israel ha advertido repetidas veces y con dureza que considerará al Líbano responsable de cualquier acción de guerrilla que se origine en territorio libanés. El año pasado, el país sufrió una crisis de meses, y en octubre, en Trípoli, ciudad militante y nasserista, se produjeron choques entre feddayin y policías, con seis muertos por lo menos. En noviembre, gracias a la mediación de Nasser, se firmó en El Cairo, entre el primer ministro libanés, algún otro ministro y el jefe de Al Fatah, Yasser Arafat, un acuerdo que se ha mantenido en secreto por miedo a la reacción desfavorable que habría suscitado entre el público y en el parlamento. Se cree que las cláusulas principales del acuerdo son las siguientes: los guerrilleros no deben utilizar los quince campamentos de refugiados del país como centros de reclutamiento y adiestramiento; no deben constituir bases en los centros habitados ni rondar armados por las ciudades; no deben disparar en dirección a Israel desde el territorio libanés; sin embargo, tienen un «derecho de tránsito» por territorio libanés para sus ataques contra Israel (y es ésta una violación del acuerdo al que se llegó cuando el armisticio del 49). El comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Emile Bustani, se vio obligado a dimitir a favor del general Jean Nejeim; parece ser que, para no comprometer sus ambiciones presidenciales, había tratado con demasiada debilidad a los feddayin.

LLEGAR A SER «TIGREILLOS»

Acompañado por una muchacha de Al Fatah, que prepara una tesis

sobre «el marxismo-leninismo en el Oriente Medio» para licenciarse en la Universidad americana de Beirut, constato con mis propios ojos la suciedad en medio de la cual viven, desde hace veinte años, doscientos ochenta mil palestinos establecidos en el Líbano: chabolas con tejados de chapa ondulada, asegurados con piedras; hombres y mujeres lisiados que andan por el barro sobre sus rodillas, escuelas elementales con cincuenta alumnos por clase, una torrecilla que sirve de minarete y, por todas partes, fotos de Nasser y de los «mártires» locales, y «slogans» como «no vayáis a clase, haced la guerra de guerrillas». «Aquí —me dice la muchacha de Al Fatah— no verá ningún joven ni ningún adulto: todos están en las montañas, y estos chicos tienen una sola ambición: llegar a ser «tigrecillos» de Al Fatah y guerrilleros lo antes posible».

Después giro visita a un hospital de Al Fatah, que me parece totalmente desprovisto de equipo sanitario, pero que tiene un ambiente animado, casi alegre. Los médicos son todos egipcios. Pregunto a algunos feddayin cómo resultaron heridos: «En choques con guardias libaneses», me contestan todos, pero añaden: «El pueblo está con nosotros». Uno me pregunta por qué no hablo el árabe. «Conozco algunas lenguas extranjeras —contesto—, pero no el árabe; y usted, ¿qué otras lenguas habla?». «Yo sólo hablo la lengua de Al Fatah», me contesta.

En Beirut continúa la vida de siempre: paquidérmicos automóviles americanos invaden las callejuelas de los bazares, en los escuálidos cafés próximos a la plaza de los Mártires se ejecutan, por la tarde, frías danzas del vientre, y cientos de muchachas de ojos negros ven ajarse su juventud sin clientes; en la calle de los Bancos, por la noche, vigilan los automóviles blindados; cada día es igual al siguiente, pero los libaneses no dan demasiadas «chances» de supervivencia al país de la bandera con el cedro. Los más ricos transfieren sus capitales al extranjero, los campesinos cristianos maronitas de las montañas acumulan en sus despensas y en sus cantinas provisiones alimenticias para por lo menos un año. ■ F. R.

BOSC

